

# Repertorio Histórico.

ORGANO DE LA ACADEMIA ANTIOQUEÑA DE HISTORIA

Directores: J. M. MESA JARAMILLO, JANUARIO HENAO y SEBASTIAN HOYOS

AÑO 1º } MEDELLÍN, FEBRERO DE 1905. { N.º 2º

## BOCETO DEL DR. MANUEL URIBE A.

Si fuese indispensable docta pluma para escribir un esbozo del Dr. MANUEL URIBE A., no acometeríamos la empresa. Si, por tratarse de simple bosquejo, bastan largas y estrechas relaciones con aquél, admiración por sus talentos, veneración por sus virtudes, culto á lo verdadero y propósito de no vaciar la efigie en el molde exageradísimo de algunas biografías, que más parecen romances, sino en la turquesa de las realidades humanas, á pedazos magníficas, y á pedazos toscas; si estas condiciones bastan, repetimos, entonces sí podemos poner, sin mucho temor, manos á la obra.

No se estime innecesaria la advertencia; ya que en las producciones de este linaje suelen presentar los autores, nó lo que hay, sino lo que desean que haya; nó la verdad, con sus inevitables torceduras y sombras, sino la fantasía, con su inextinguible venero de ficciones. Desaparece en tal caso el historiador, y se presenta el novelista; se va el pintor que copia, y queda el soñador que crea. Deslumbradoras, pero no aceptables, son semejantes lucubraciones; porque, sobrándoles poesía, les falta lo que en ellas ha de buscarse, que es humani-

dad. Son como los paisajes que nos forjamos con las nubes de la tarde: muy lindos; pero existen tan solo en la imaginación. Cuando leemos alguna de esas biografías, recordamos involuntariamente los versos finales del celebrado soneto de Argensola:

“Porque ese cielo azul que todos vemos,  
No es cielo ni es azul. ¡Lástima grande  
Que no sea verdad tanta belleza!”

Entre los hombres de auténtica valía que han figurado en Colombia, forma parte del más selecto grupo el Dr. MANUEL URIBE A., á quien nosotros graduamos de “ilustre á carta cabal”. Y como el calificativo de “ilustre”, á fuerza de emplearse sin justicia, es sospechoso, añadiremos que el individuo á quien se refieren estas líneas era innegablemente ilustre, y nó ilustre de contrabando, como se dan tántos en la América Española. Existe un hecho que lo acredita, sin campo á duda, y es lo general y espontáneo de la pena que produjo la muerte del Dr. URIBE A., y las declaraciones unánimes de la opinión pública sobre los méritos del mismo, cuando no obraba móvil alguno que pudiese contribuir al engaño. En la senectud, ciego, enfermo, pobre, retirado por completo de la vida activa, sin nada qué dar ni siquiera qué ofrecer, y no existiendo acicate alguno que estimulara á la adulación y al embuste populares, recibió en vida, y le han sido confirmadas, con creces, en su cadáver y memoria, las mayores y más honrosas muestras de respeto y simpatía de que tengamos noticia en Colombia. Si ellas no correspondiesen á un grande y real mérito en el Dr. URIBE A., ¿qué criterio habría para juzgar de la importancia efectiva de una persona? Cuando los hombres son ó fueron poderosos, las alabanzas desmedidas, los agasajos atroadores, y las ovaciones y los triunfos á la romana, pueden ser interesados, serviles y embusteros.

¿ Quién no los ha visto, dirigidos á sujetos en todo y por todo comunes, á individuos sin una sola virtud ó siquiera un rasgo imponente de carácter, y aun á malvados dignos de perpetua execración? Cuando no existen motivos para considerarlos falaces, sí deben tenerse como sinceros los tributos de la admiración pública; y este es justamente el caso del Dr. URIBE A.

Acaso nos pregunte alguien, que emplee patrón especial para la gloria, cuántas reputaciones deshizo con su pluma, cuántas batallas libró en nuestras guerras intestinas, y cuántos gobiernos se vinieron á tierra bajo el ariete de la palabra del Dr. URIBE A. Si tal ocurriere, responderemos que el Dr. URIBE A. no obró nada de eso; pero que sí hizo algo mucho mejor, y fue trabajar siempre como obreiro entusiasta é incansable del bien social. No deshizo reputaciones; pero sí curó llagas. No libró batallas de pólvora, balas y sangre; pero sí combatió errores y defendió verdades. No derribó gobiernos; pero sí levantó á la humanidad, dignificándola. Sus laureles están en las muchas lágrimas que enjugó. Ni la deslumbradora espada del guerrero, ni la llena antesala del gobernante, ni la aparatosa faena del político que priva, nada de lo que de ordinario seduce á la gente, ceñía, buscaba ni distinguía al Dr. URIBE A. El hogar apacible en que la esposa aviva adentro la llama de los afectos, y el mendigo aguarda, á la puerta, segura y abundante limosna; el trabajo diario, en sus más fecundas á la par que arduas manifestaciones; el cultivo amoroso de árboles y plantas; el frío gabinete de estudio; la cátedra en que se difunde con tesón la verdad; el artículo de costumbres, para divertir á los lectores; el libro didáctico, que ha de ponerse en manos de los escolares; la disquisición científica, donde se plantean y resuelven graves cuestiones; la sucia choza en que la miseria pide pan, medicinas y consuelos;

los hospitales, donde levantan el estómago mil enfermedades asquerosas, y horrorizan los miembros amputados por la cuchilla del cirujano: tal es el terreno en que puede seguirse al Dr. URIBE A. Quien lo siga, habrá de confesar que había en él algo de D. Andrés Bello, bastante de D. Francisco José de Caldas, y mucho de San Vicente de Paúl. Y no es parte á que borremos estas apreciaciones, el pensamiento, más ingenioso que sólido, de que un hombre notable no se parece á nadie. En el conjunto, bien puede suceder que todo individuo que se salga de la esfera de lo común, constituya una personalidad especialísima; pero en las varias maneras de ser que forman ese conjunto, nó. Tales maneras de ser son otras tantas prendas, tendencias, costumbres, adaptaciones y facultades que se hallan en otros hombres, y que, por lo mismo, no son patrimonio exclusivo de ninguno, por más original que él sea. Si un hombre ama á la naturaleza, se parece en eso á Bello, el incomparable cantor de la zona tórrida; si es filósofo práctico, se parece en eso á Caldas que, sin haber escrito sobre silogismos, es, por su vida, uno de los que más amaron la sabiduría, y si es supremamente caritativo, se parece en eso á San Vicente de Paúl, sin rival en lo de hacer bien al prójimo; aunque en otras muchas cosas se diferencie aquel hombre de cada uno de los tres mentados personajes.

Algunas etapas en la vida del Dr. URIBE A.

Nació en Envigado, perteneciente al hoy Departamento de Antioquia, el 4 de Septiembre de 1822; y fueron sus padres D. José María Uribe A. y D<sup>a</sup> María Josefa Angel U., ambos procedentes de troncos hidalgos en España.

Adquirió las primeras letras con el Maestro Alejo Escobar.

En 1836 se trasladó á Bogotá, con el objeto de aprender allí materias generales, y luégo cursar Medicina, á la cual sentía inclinación desde la infancia. En el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario logró lo primero, del año 36 al 40; y en la Universidad Central de la República, lo segundo, del año 41 al 44. En este último año, después de bien sostenido examen, obtuvo título de Doctor en Medicina y Cirugía.

Graduado, volvió á Antioquia, donde permaneció poco tiempo. En 1845 verificó un viaje al Ecuador. De allí fue al Perú. Pronto retornó á la patria de Montalbo, y se detuvo en Quito, donde recibió nuevamente la investidura del Doctorado en Medicina y Cirugía.

Del Ecuador pasó, en 1849, á los Estados Unidos del Norte. De éstos se trasladó á Europa, con el objeto de completar sus estudios médicos. En París permaneció hasta 1853, en que se restituyó á Antioquia y se avecindó en Medellín.

En el siguiente año se casó con D<sup>a</sup> Magdalena Urreta, que fue durante cincuenta años la amadísima y digna compañera del Dr. URIBE A.

La vida de casado lo retuvo aquí hasta 1862. En esa época y acompañado de su mujer, hizo un viaje á la capital de la República.

En 1863 fue nombrado miembro de la célebre Convención de Rionegro; pero no asistió.

En ese mismo año regresó á Antioquia, donde vivió hasta 1875, en que efectuó otro viaje á los Estados Unidos del Norte, con el doble objeto de educar allí á su hijo adoptivo, D. Luis G. Johnson, y de visitar la Exposición de Filadelfia. A fines de 1876 se hallaba de nuevo en Medellín.

En 1877, vencida que fue la formidable revolución nacional de aquella época, desempeñó por breves días, en el nuevo orden político, la Jefatura Civil de Antioquia; destino que aceptó á ruego de



sus amigos, y sólo para impedir probables demasías de uno y otro bando, en mudanza política no verificada por obra del sufragio libre, sino por la suerte tornadiza de las armas.

En ese año y otros de los siguientes sirvió el cargo de Diputado á la Asamblea Constituyente y á varias Asambleas Legislativas del Estado de Antioquia.

Como representante del Gobierno de esta sección, se trasladó á Panamá, en 1880, cuando la inauguración de los trabajos para la apertura del Canal.

En 1882 asistió al Congreso de la República, como Senador por Antioquia.

Verificó un segundo viaje á Europa, en el año de 1884, con su esposa, á publicar la *Geografía General del Estado de Antioquia en la República de Colombia*. Entonces recorrió por Italia, Suiza, Alemania, Holanda y Bélgica. A pesar de su vehemente deseo de conocer y estudiar á España y Portugal, no pudo lograrlo, por causa del cólera que por aquella época diezmaba el Sur de Europa.

A fines de 1885 se restituyó al suelo natal.

Desde entonces hasta la época de su fallecimiento permaneció en Medellín, exceptuando unos pocos días empleados en ir á Supía, con el objeto de visitar á su íntimo amigo D. Rudesindo Ospina.

Desde 1844 hasta 1895 (cincuenta y un años) el Dr. URIBE A. ejerció activamente la Medicina, dondequiera que estuvo. En el último de esos años, por perturbaciones de la vista, yá notables, dejó de recetar y operar para el público; mas nó para los pobres y los amigos, á quienes continuó favoreciendo con sus auxilios médicos, hasta los últimos días de su vida. En esos cincuenta y un años pasó en Antioquia la Medicina, si vale la frase, de la infancia á la plena pubertad; y varios médicos afir-

man que el Dr. URIBE A. contribuyó como el que más á ese adelanto.

Los viajes del Dr. URIBE A. fueron de estudio y de recreo. Al regresar traía siempre métodos, instrumentos, libros, plantas y otras cosas desconocidas aquí, que luégo se esforzaba en acreditar, propagar y difundir. Eso, además de sus esfuerzos por el mejoramiento, acredita su cariño á la tierra donde había nacido.

El Dr. URIBE A. huía de los empleos públicos. Cuando desempeñó algunos, contadísimos, fue muy rogado por sus amigos, casi siempre sin sueldo, y siempre para servir á la comunidad. En ellos dio constantes lecciones de absoluta honradez, de mucha tolerancia y de suprema elevación de miras. Para desempeñarlos prefería los dictados del buen sentido, á lo que él consideraba sutilezas de las Leyes. En las discusiones parlamentarias procedía más como razonador mesurado, que como orador persuasivo. No era amigo de los debates ruidosos; pero cuando otros se los provocaban y no era decoroso rehuírlos, los aceptaba y sostenía con admirable entereza. Mucho ha de engañarse quien, teniendo en cuenta la suavidad de carácter del Dr. URIBE A., piense que entonces le faltaba á éste todo el nervio necesario para decir verdades como puños, por amargas que fuesen. En esos raros ardimientos parlamentarios se mostraba brioso y elocuentísimo.

Veamos algo de físico del Dr. URIBE A. Siempre hemos creído que la parte corporal del hombre guarda íntima conexión con la espiritual. Y no es que juzguemos que la pureza en las líneas del rostro indique brillantez ó profundidad en los pensamientos, ni que la potencia en los músculos sea reveladora de energía en la voluntad. Hombres hermosos y majaderos, ó esforzadísimos y juguetes de

las pasiones, se ven por todas partes; así como se hallan fealdades y aun deformidades de rostro que dejan traslucir sentimientos exquisitos ó intelectuales elevadas. Nuestra teoría no radica en abolladuras y hundimientos, regularidades ó irregularidades. Se refiere á una impresión especial, causada por una persona en las otras: impresión indefinible y que no puede reducirse, en nuestro concepto, á principios y reglas. Consiste en cierto reflejo del alma, en la fisonomía del individuo, sobre todo cuando éste obra bajo el imperio de fenómenos intensos del espíritu. Tal reflejo es involuntario á la par que claro, y casi nunca engaña como indicativo de los estados psicológicos. Si la cólera se traduce en contracciones de los músculos faciales, y la meditación, en inmovilidad del rostro y apagamiento de los ojos, ¿por qué los demás estados del alma no han de tener signos externos? Pues tales signos no son otra cosa que el reflejo de que venimos hablando.

Estatura regular; blanca tez, arrebolada por la sangre, bajo el imperio de la más ligera excitación espiritual; cabellos rubios en la primera parte de la vida, y completamente canos á los sesenta años; rostro de forma caucásica; frente amplia y ligeramente corva en el extremo superior; ojos garzos, desteñidos, que penetraban los objetos, anunciando al investigador por naturaleza y por hábito; nariz afilada; boca mediana y de labios delgados; barba algo saliente y de contorno suave; pecho angosto; remos cortos; manos y pies pequeños; poquísimos músculos, no abultados, pero sí muy potentes: hé aquí, á Brochazos, lo físico del Dr. URIBE A. Cuando le conocimos, en 1877, le dañaba algo cierta giba, poco desenvuelta, pero suficiente para atenuar un tanto la muy estética impresión del conjunto. Los que vieron joven al Dr. URIBE A., se hacen lenguas de su hermosura en ese tiem-



po. Nosotros alcanzamos á un hombre todavía muy gallardo. Así se conservó hasta el fin. Es más: el Dr. URIBE A. es el único muerto de aspecto artístico que hayamos visto. Conste, eso sí, que la gentileza del Dr. URIBE A. no consistía en lo delicado de las facciones, sino en la seca gracia viril, que tanta nobleza le imprime al cuerpo masculino.

En cuanto al indefinible reflejo del alma, de que hemos hablado, era tál, que todos amaban y respetaban al Dr. URIBE A. con sólo verle. Cautivaba á todo el mundo, desde luego; con sólo mostrarse y sin hablar siquiera. Cuando alguien le veía por primera vez, pensaba esto, en el acto: "aquí hay un hombre inmejorable, porque esta expresión no puede engañar á nadie"; y estaba en lo cierto.

Contemplaremos someramente las interioridades del alma encerrada en ese cuerpo. Al descender al fondo del espíritu del Dr. URIBE A., sentimos inquietud. Es la especie de miedo que producen las cosas profundas y las almas luminosas; es algo como pavor sagrado, que causa contemplar de cerca el vórtice hervidor de la actividad psíquica en las naturalezas superiores.

Hemos dicho que el Dr. URIBE A. ejerció la Medicina. En sentir de colegas competentes, podía ser calificado de "gran médico". Los que lo juzgamos como pacientes, sólo podemos decir que curaba con asombrosa facilidad, y que curaba de cuerpo y de alma. No dudó que haya quién trate mejor los males del cuerpo; más de seguro no se dará con nadie que trate mejor las penas del alma. La simple presencia del Dr. URIBE A. era ya mejoría para el enfermo. En la amable sonrisa que se le dibujaba en los labios, se veía desde luego la cortina con que discretamente ocultaba el filántropo al profesor. Sentado el Dr. URIBE A. en el borde del lecho, y con el pulso del enfermo en la mano, éste sentía rena-

cer la esperanza en el fondo de su atribulado espíritu; pues de boca del eminente profesor brotaba no interrumpida serie de palabras afables y de consuelos. Cuando el doctor se retiraba, podía uno estar seguro de que si el mal no cedía á los embates de la ciencia, el paciente aguardaba confiado, ó por lo menos sin insoportable temor, las resultas de la dolencia.

Nos trasladaremos con la memoria á los tiempos en que la pérdida de la vista no había inhabilitado al Dr. URIBE A. para ejercer la profesión de médico. Un enfermo se ha agravado, y alguno de sus deudos viene á buscar al reputado médico, á eso de las dos de la mañana. Ese deudo está urgidísimo; mas vacila al tomar el picaporte de la casa del doctor. Lo notamos y le decimos: No tema Ud. golpear, y menos que le reciba destempladamente el Dr. URIBE A. Toque Ud., que dentro de cinco minutos estará nuestro amigo, en el portón de la casa, á las órdenes de Ud. —¡Hace mucho frío!, exclama el buscador.—¡Eso no vale nada!, le decimos nosotros: el Dr. URIBE A. lo disminuirá con el sobretodo.—Pero sí sé, replica el deudo, que el Dr. URIBE A. padece una enfermedad de estómago, que le impedirá salir, arrostrando los glaciales vientos de Santa Elena.—No importa, le manifestamos nosotros: se trata de la salud y acaso de la vida de un semejante, y el Dr. URIBE A. es capaz de exponer la salud y la vida propias, por salvar las del prójimo.—Señor, torna á replicar el deudo: Solís, el tabernero del frente, acaba de contarme que el Dr. URIBE A. pasó á la cabecera de otro enfermo, hasta la una y media de la mañana, y que sólo hace treinta minutos que se acostó, rendido de cansancio y de sueño.—No importa, volvemos á manifestar nosotros: al Dr. URIBE A. no lo arredra la magnitud del sacrificio cuando se trata de cumplir con sus deberes. Toque Ud., y dentro de breves momentos estará aquí el

Dr. URIBE A.; incontinenti irá camino de la casa de Ud., y alegre, como si tuviese un estómago sano y como si hubiera dormido toda la noche, atravesará calles y plazas, centro y suburbios, en busca del paciente.—Me da pena, observa por última vez el deudo: soy pobre, y no cuento con que cubrir los honorarios de tan estimado médico.—Ud. no conoce al Dr. URIBE A., le declaramos nosotros: él recetará gratis al enfermo de Ud., y, por añadidura, costeará los remedios, si Ud. carece de dinero para comprarlos. Llame Ud., sin embarazo. El Dr. URIBE A. irá ahora mismo á casa de Ud., y no faltará de allí sino cuando, curada la enfermedad y restablecido el paciente, sea tiempo de ajustar cuentas y recibir honorarios.—El deudo, perdida yá la timidez, toca; el Dr. URIBE A. sale al momento, y poco después se halla en la alcoba del enfermo.

El Dr. URIBE A. hurtó tiempo á sus tareas profesionales, para consagrarlo á estudios históricos, geográficos y literarios. En todos estos ramos rayó más ó menos altamente; pero siempre en la altura, y dejó huella luminosa de su paso por allí. Veámoslo.

Como trabajos netamente históricos, compuso las biografías de Alvaro de Oyón y de Francisco Pizarro y un *Compendio Histórico del Departamento de Antioquia*. Hallamos que las biografías de los dos conquistadores reúnen los requisitos rigurosos en trabajos de esa clase; mas nos parecen un tanto desaliñadas. Fueron escritas en época en que el Dr. URIBE A., saturado de libros franceses, daba poquísimísima importancia á lo castizo del lenguaje. Más tarde se convenció de que andaba errado en eso; arrió velas; cambió de rumbo; buscó á nuestros clásicos; se enamoró rendidamente de los vocablos, frases y giros castellanos; repitió olvidados estudios, y llegó á escribir con denosura, aunque no de modo impecable, en la divina lengua de Jovellanos.

En cuánto al *Compendio Histórico*, lo estimamos obra didáctica de indisputable utilidad, y clara, sobria y garbosamente redactada. Para juzgar ese trabajo, ha de tenerse en cuenta que es, por lo que se nos alcanza, el primer libro de su clase que se publicó en Antioquia; que en muchos é importantes puntos, especialmente los relativos á la colonia, las fuentes beneficiables son escasísimas, y las lagunas, grandes; que todavía yacen bajo el polvo y en la balumba de los archivos, cosas de importancia, y que nuestra historia seccional, no obstante los provechosos pasos que han dado otros historiadores é investigadores, en varios puntos no ha salido todavía del período embrionario. Teniendo todo esto en cuenta, creemos que no se le negarán aplausos al Dr. URIBE A., aunque se reconozca que su epítome muestra deficiencias y errores en sitios donde otros han labrado luégo con más fortuna que él.

Los trabajos geográficos del Dr. URIBE A. se hallan condensados en su *Geografía General del Estado de Antioquia en la República de Colombia*, libro de unas 700 páginas en 4º mayor, dos mapas de Antioquia, uno al tiempo de la conquista, y otro de la presente época, y varios folios de grabados alusivos á inscripciones, joyas, cerámica y otras cosas indígenas, publicado en París, el año de 1885. A no dudarlo hay allí inexactitudes, y la obra, fuera de la parte necesariamente variable en tratados de esa clase, es susceptible de mejora en muchos lugares. Pero pensamos que entrañaría notoria injusticia no considerarla como almáciga riquísima de datos geográficos, como libro innegablemente provechoso y como trabajo que enaltece al autor. De esa *Geografía* sacó un *Compendio* el Dr. URIBE A. Obra extensa y epítome corren en lenguaje que torna amena su lectura: atractivo raro en trabajos de esa índole.

Casi todas las piezas literarias del Dr. URIBE A. son cuentos, ó artículos de costumbres—ora de la época colonial, ora de los tiempos que alcanzamos—, ó cartas de viajes. Como profesaba el principio de que la literatura y las bellas artes, antes que todo han de ser sanas, las producciones literarias del Dr. URIBE A. se recomiendan, sin excepción alguna, por tendencia moral intachable; y como profesaba también el principio de que las creaciones artísticas deben ser espejo fiel de la vida, donde lo malo alterna con lo bueno, y lo atrayente con lo repulsivo, las composiciones del Dr. URIBE A. llevan al ánimo del lector impresiones de realidad y de frescura. *El Gallo, La Medicina en Antioquia, La Caña de Azúcar, El Bien cae de arriba, D. Rodrigo Gómez de Silva, Espadas son triunfos, El recluta, Bolívar poeta, El Caimán* y otros muchos artículos abonan lo copioso de la vena imaginativa del autor y las excelentes cualidades de su estilo. Las cartas relativas á *Un Viaje de Medellín á Bogotá, en 1862*, nos muestran al Dr. URIBE A. como amantísimo de la naturaleza y como observador delicado y sagaz. No se nota mucha complicación en la trama de sus composiciones; antes por el contrario, peca de excesivamente sencilla. Se repite bastante, y el fuste de sus producciones suele ser un poco mecánico. En el maridaje de los adjetivos con los substantivos y, en general, en el manejo de las partes subalternas de la oración (perpetuo escollo de escritores adocenados), es muy feliz. Acaece que no son puros los términos que emplea; mas casi siempre son pintorescos y sugestivos. En la descripción de personas y paisajes da ordinariamente con el colorido adecuado. El encadenamiento de sus cláusulas se verifica sin choques ni saltos, y por eso el estilo del Dr. URIBE A. es de sabrosa fluidez, y su prosa corre, ligera y chispeante, por sobre los asuntos que toca. Menudean en sus escritos las apre-



ciaciones exactas, y no son escasos los conceptos profundos. Diluye y amplifica, á veces de modo excesivo, con el propósito de darles mucho relieve á los pensamientos. Juzgando más desgraciados que perversos á los hombres, á la nota patética y al latigazo que desgarran las carnes, prefiere la nota festiva y las disciplinas suaves que sólo causen escorzor. Jamás usa expresiones vulgares, y mucho menos ignobles; pues le parecía que afeaban la obra artística, sin objeto plausible. Que en literatura y bellas artes todo puede expresarse, con tal de que haya habilidad para expresarlo, y que de varios vocablos que declaren una misma idea, unos pueden ser decentes y aceptables, y otros indecentes é inaceptables, eran dos cánones para el Dr. URIBE A. Por eso no le ponía coto á la jurisdicción artística: en su sentir, todo el universo puede ser materia de aquélla. Pero sí exigía siempre lenguaje digno. De lo vulgar sólo permitía que el autor gastase las voces indispensables para caracterizar sus personajes, aunque él (el Dr. URIBE A.) no emplease ninguna; de lo ignoble, nada. Para sostener su teoría usaba un ejemplo eficacísimo. Si un médico, nos decía, le pregunta á una señora, á quien recete, si *se ha mudado*, \* ni ella ni sus parientes pondrán reparo alguno. Pero si le pregunta si ha . . . . (y aquí, con señalada repugnancia, articulaba, sin sonidos, el nauseabundo participio), no habrá mujer honrada que no le vuelva la espalda al deslenguado médico, ni marido digno que no lo arroje de su casa ignominiosamente. En realidad, hay vocablos no sólo plebeyos sino canallas, cuyo uso mancha cualquier boca que los pronuncie.

También escribió una novela el Dr. URIBE A. Titúlase *Pedro Serrano*, y cuenta la vida de un náu-

\* Quijote, Parte 1<sup>a</sup>, Capítulo XX, aventura de los batanes: "... que fue que le pareció que no podía *mudarse* sin hacer estrépito y ruido....." La Academia ha olvidado esta castiza acepción del vocablo.

frago, primero solo, y luego acompañado de otro naufrago, en una isla desierta de las Antillas. Prolijamente se describe allí cómo se ingenió Pedro Serrano, sin ayuda al principio, y más tarde con el auxilio de Bartolomé Camacho, para procurarse alimentos, techo, vestido y hasta algunas comodidades, y por qué estuvo en guerra, por algún tiempo, esta republiquilla menos que liliputiense, de dos hombres nada más. Tal como dejó esa novela el Dr. URIBE A., ó sea muy retocada, y reducida á la tercera parte de su primitiva extensión, es un libro de grata lectura. Y decimos esto, porque en la forma que sacó en el *Papel Periódico Ilustrado*, es harto difusa y contiene apreciaciones técnicas de dudosa verdad. No se trata de una de esas novelas de enmarañada complicación psicológica, tan propias para que la gente se hile los sesos, tratando de resolver los problemas que plantean; ni de una de esas disolventes novelas que parecen antesala del presidio ó del cadalso, en que no se dan atrocidades que, bajo el influjo de un esterilizador determinismo, no ejecute el protagonista; ni de una de esas novelas en que los personajes y sucesos han de ser estrambóticos é inverosímiles, con el preciso aditamento de que la fábula no tenga remate feliz, como boda, por ejemplo, sino nefasto y contra el deseo del lector, verbigracia, infidelidad, rapto ó suicidio: se trata en Pedro Serrano de personas y hechos que, si mueven los afectos, no sobrepasan la magnitud de lo fácilmente hallable y ocurrible en la vida. La idea de meter guerra entre los dos meros habitantes de la isla, es dichosa en grado sumo, y da margen á escenas muy originales. Los retratos de Serrano y de Camacho están magistralmente hechos. Los huracanes en las Antillas y la presentación de Camacho en la isla, se las tienen tiesas con los mejores trozos de las antologías. Entre las descripciones hay dos—la de la tempestad en el

mar Caribe y la del incendio de maderas en la isla— que resisten, sin flaquear, el parangón con las mejores de la literatura castellana.

No faltará algún moralista que censure al Dr. URIBE A. por haber escrito cuentos, artículos de costumbres y una novela, cosas tan ajenas á la especie de sacerdocio que hay en la profesión del médico; y á fe que carecerá de fundamento la censura. Siempre hemos considerado á los que embelusan al público, escribiendo ficciones, como bienhechores de la humanidad. Si la vida tiene tantas cosas tristes, ¿por qué no hemos de aplaudir á quienes derraman adormideras en el camino de los que corren desesperados á la tumba? Y si la vida ofrece ratos de bulliciosa alegría, ¿por qué hemos de repeler á quienes tejen coronas de rosas para los que se sientan en los festines? Lo único que puede exigirse á los autores de novelas, es que respeten la Moral, que sean verdaderos artistas de la palabra, que resulten hábiles para producir las impresiones que desean despertar, que no escriban logogrifos y que no asuman, enarbolando la férula, la actitud de féroces pedagogos.

Rasgo brillantísimo en el modo de ser espiritual del Dr. URIBE A.: la flexibilidad de inteligencia. Dejaba empezado un cuento, para escribir un capítulo de Geografía. Cortaba el capítulo de Geografía, para darse á una disquisición histórica. Truncaba la disquisición histórica, para extender una receta. Extendía la receta, y tornaba á continuar el cuento. El poder de asimilación intelectual era también sorprendente en el Dr. URIBE A. Tomaba una idea extraña, y la reproducía y fecundaba con pasmosa rapidez. Sobre una sola piedra que se le daba, construía todo un edificio. Lo más raro es que en esas labores, en que la base era ajena, y el desenvolvimiento propio, imperaba un sello de individualidad tan notable como en sus producciones es-

pontáneas. Agréguese á esto inteligencia clarísima, memoria portentosa y resistencia para el trabajo mental, como se ven pocas: trabajar diez y siete horas durante muchos días seguidos, era para el Dr. URIBE A. cosa corriente, antes de cegar.

El Dr. URIBE A. poseía el dón, preciso como pocos, de la elocuencia. Era elocuente no sólo en la tribuna y la cátedra, sino en el salón. Se apoderaba del oyente, el alumno ó el confabulante, con destreza admirable, y los seducía. A su conjuro brotaban, en ordenado atropellamiento, las expresiones que poseen el mágico poder de encadenar. Con aspecto noble, ademanes correctos y voz, ya que no tonante, sí agradablemente pastosa, sabía recorrer todo el teclado de las ideas y los afectos, para convencer ó persuadir. Su discurso en Nueva York, sobre Cervantes, indica de cuánto era capaz el Dr. URIBE A. en el arte prestigioso de subyugar con la palabra.

El Dr. URIBE A. pertenecía á la escuela liberal, en la acepción filosófica de la frase. Creía sinceramente que la tolerancia está llamada á resolver, en sentido satisfactorio, todas las dificultades de las modernas agrupaciones; pero no confundía la libertad con el desenfreno, y temía tanto á la anarquía, que es la consecuencia de éste, como odiaba á los déspotas y tiranos que se levantan cuando claudica aquélla. Estimaba que de la libertad bien comprendida y aplicada surgen naturalmente el pan y la luz que requieren los presentes organismos políticos. Opinaba que los Gobiernos que no cumplen el deber de instruir al pueblo, cancelan ó cuando menos relajan su derecho de castigar, y que abrir los portones de las escuelas es como cerrar las entradas de los presidios. Afirmaba que el día en que la cartilla venga sin imposiciones ni barreras (la enseñanza libre), y la camisa y el puchero, sin artificiales restricciones económicas (el libre

cambio), los pueblos habrán avanzado mucho hacia la meta de sus anhelos.

Se ufanaba el Dr. URIBE A. de ser cristiano. "El día en que la sociedad se componga en su mayor parte, no de individuos que se apelliden *buenos cristianos*, sino de hombres que realmente merezcan ese calificativo", decía, "el mundo volverá á ser, como al principio, un paraíso". Fraternal amor al prójimo, caridad bien aplicada y espíritu de sacrificio de nuestras conveniencias personales al bien ajeno, eran la base de las creencias religiosas del Dr. URIBE A. Ser esclavo de los diez mandamientos sinaíticos, amo de los siete pecados capitales y campeón esforzado de las catorce obras de misericordia: hé aquí, en síntesis, el ideal de un buen cristiano; y á esa doctrina procuró siempre ajustar su conducta. Mucha parte de sus rentas, cuando era rico, y la mitad de su pan, cuando fue pobre, pasaban de manos del Dr. URIBE A. á las de los menesterosos, por vía de limosna ó regalo; y esto sin ruido, sin ostentación, sin humillar al que recibía la merced. Recetaba gratuitamente á los pobres y les costeaba muchas veces las medicinas. Era miembro nato de toda sociedad que se formaba para erigir casas de beneficencia, para allegar dineros destinados á contener ó extirpar epidemias y para invertir fondos afectos á obras de esa clase. Como las Hermanas de la caridad, formaba parte del personal activo de todos los hospitales. Miraba con benevolencia los desvíos ajenos, y sólo era moralmente inflexible consigo mismo. Todo infortunio le merecía compasión. En cada caída se le hallaba listo para levantar al que yacía en el suelo.

Entre sus afectos era muy notable el que profesaba á su tierra natal. Por Envigado hizo cuanto un hijo amoroso hace por su madre. La artística iglesia, el cómodo hospital y la carretera de esa población se deben, en gran parte, al Dr. URIBE A.



Por el mejoramiento intelectual y moral de Envigado se desveló siempre, y su labor fue premiada con opimos resultados. No dispuso nada el preclaro envigadeño, sobre lugar en que debieran conservarse sus huesos, por razones que no es del caso exponer aquí, pero que en nada desdicen del amor que al insigne médico le inspiraba el preferido suelo que lo produjo. Querríamos tener muy cerca de nosotros los restos de nuestro amigo; pero, rindiendo tributo á la justicia y á los sentimientos del Dr. URIBE A., creemos que á Envigado le corresponde el honor de custodiar tan sagrada prenda.

Dióle Dios esposa virtuosísima y amable, al Dr. URIBE A.; pero le negó hijos. A tal deficiencia proveyó criando y educando á varios sobrinos, con tanto cariño como si fuese el verdadero padre. Si ellos quieren imitar á su tío, tendrán vía escabrosa qué seguir, y mucha gloria, estimación y aplausos qué recoger.

Un libro pudiéramos escribir si quisiésemos exponer cuanto nos sugiere de bueno la gratísima memoria de este amigo. Pero no queremos irritar más la paciencia de los lectores (si los hubiere). Sólo añadiremos algunas líneas, referentes á los últimos tiempos del Dr. URIBE A.

Cuando murió, hacía siete años que estaba ciego. Esto lo entristecía, pero no lo acobardaba. En el círculo de sus intimidades continuaba siendo jovial y dando pruebas de resignación cristiana. A los punzantes dolores de un cáncer en la lengua, extirpado y reproducido luégo en el estómago, le oponía una entereza incontrastable. Bajo el terrible aguijón de esos dolores recetaba, charlaba con sus amigos, cumplía con sus deberes religiosos y sociales, consolaba á los afligidos, componía versos, llenaba de solícitas atenciones á su esposa, mimaba á

sus nietecitos de adopción, estudiaba (haciéndose leer de otro) y trabajaba. Sí: estudiaba y trabajaba, obedeciendo al "creced" del Génesis, que para él, como para nosotros, es la obligación impuesta por Dios al hombre, de ampliar sin descanso las facultades, hasta el postrero día.

Sólo la noticia de nuestra humillación en Panamá, le puso sello indeleble de tristeza. De allí para adelante, hasta su risa fue melancólica.

El 16 de Junio de 1904, á la una de la mañana, rodeado de su familia, se apagó la vida del Dr. URIBE A., sin agonía, sin estertores, sin sacudimientos. Vino la muerte como viene aquí la caída de una hermosa tarde en un plenilunio de verano. Invaden las sombras cuando no han desaparecido por completo los arreboles, y la declinación del día es tan suave, que hay un momento en que no se sabe si la luz que alumbra es la del sol que se esconde tras la montaña del Romeral, ó la de la luna que se asoma por sobre el cerro de Pan de Azúcar.

La digna esposa del Dr. URIBE A. (doña Magdalena Urreta), sólo sobrevivió á su marido noventa y cinco días. La muerte del Dr. URIBE A., más que la enfermedad física, abrevió la vida de aquella dama. El fue amante y tierno con su compañera, como pocos hombres pueden serlo, hasta el postrer instante; y ella, buena y cariñosa como la que más, le correspondió muriendo de pena, cuando no habían transcurrido cien días desde el fallecimiento de su cónyuge. El único golpe que el Dr. URIBE A. declaraba no poder resistir, era la muerte de su esposa; y ésta, que tuvo que presenciar la de su marido, sucumbió al pesar que la pérdida de su compañero le produjo. Este cambio de recíprocos afectos, ternezas y sacrificios, entre un hombre de ochenta y dos años, y una mujer de setenta y cuatro, es una página en que la realidad supera á la ficción, en rasgos de

belleza moral. Cuando el amor no nos hace inferiores á los brutos, nos coloca á la altura de los ángeles.

Medellín, 31 de Octubre de 1904.

LUIS EDUARDO VILLEGAS.

## EL CORONEL DIEGO GOMEZ DE SALAZAR

(CONCLUSIÓN)

En aquel augusto Colegio Constituyente ocupó el Sr. Gómez el puesto de Vicepresidente, así como también en el Colegio electoral. Aquel cuerpo soberano nombró Subpresidente, para ejercer el Poder Ejecutivo, al Sr. José Antonio Mejía G., y este señor, sabedor de los conocimientos que distinguían á D. Diego, lo hizo su Secretario. Y como el Dr. José A. Gómez, que fué electo primer Presidente, residiese en Antioquia, de allá llamó al Sr. Gómez para encargarle del mismo delicado puesto. Quizás no ha sido alabada esta prueba de patriotismo del Sr. Gomez suficientemente. En aquella azarosa época ese empleo tan alto mostraba á D. Diego á las iras de los que, como reacción violenta y vengadora, hubiesen de venir, más ó menos tarde, á echar por tierra la obra de la libertad. Y nada fue parte capaz á que esquivase sus servicios en bien de la República. [1]

Allá en la ciudad de Antioquia, á las orillas del Tonuzco, llenaba su deber oficial el gallardo lidiador independiente cuando se le exigió que volviese á la Constituyente porque su "poderosa palabra es luz que todo lo ilumina", son los términos de la nota en que le llaman con ahinco. Llega en efecto á la Cámara, discute con elocuencia, convence á sus compañeros, y al fin, cuando la Constitución tocó al capí-

(1) Expediente citado.